

GLORIA DEL ALFEREZ PROVISIONAL

Ya tiene su monumento el alférez provisional. Se ha inaugurado ayer en la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", de Santander, presente el ministro de la Guerra, que al pie de la estatua pronunció una bellísima lección castrense. Ya tiene su monumento el alférez provisional pero de hecho estaba inmortalizado en cuantos bronce y piedras perpetúan los heroismos de la Cruzada, en estrofas y relatos históricos, en todo aquello compuesto para recordar proezas y sucesos famosos de nuestra guerra, refrendados con la rúbrica de sangre juvenil y ardiente de los alféreces provisionales.

Conmueve y llena de alegría el fervor y entusiasmo con que los alféreces, al cabo de veinte años, cuidan por mantenerse compenetrados y unánimes en hermandad, lozano y vigoroso el espíritu, apercebido para cualquier contingencia, como en las horas impacientes de su juventud heroica.

Guardianes de la victoria, los llamó el General Franco. Cada uno de sus actos fraternales es prenda de fidelidad a los principios del Alzamiento: su moral tiene la dureza y claridad del diamante. Conviene recordar como partiendo de medios ajenos a cuanto significaba milicia y lucha, terminaron por alcanzar las más ásperas cumbres de la vida del soldado. Aquellos años de penalidades y tragedia dejaron en ellos huella perenne e imborrable. El título de alférez provisional será su ejecutoria, la más brillante y querida de cuantas puedan ganar en su existencia. Se debe esto a que resuenan en su espíritu como un pulso las graves razones determinantes de su improvisada vocación y al deseo de que por ningún motivo se malogre o traicione una victoria conseguida a tan alto precio.

En otros términos; los alféreces provisionales, expresión genuina de la voluntad del Ejército nacional que hizo la Cruzada, saben muy bien de dónde y por qué partieron para la tremenda empresa y las metas fijadas a su sacrificio. El 50 por 100 de las enardecidas

promociones sellaron con ofrenda definitiva, la de sus propias vidas, el juramento hecho a su bandera. En representación de los 18.000 veteranos componentes de la Hermandad Nacional, los congregados en Santander han visto en el monumento glorificada la abnegada juventud española sacrificada en homenaje a la dignidad e independencia de la patria.

Si ayer fueron la sal y levadura del improvisado Ejército Nacional, hoy, supervivientes, educados en la terrible escuela de la guerra constituyen tesoro de ejemplaridad, viéndoles tan fieles a unas verdades inmutables, a los que las incertidumbres y peligros ensombrecedores del mundo, revalidan cada día dándoles plena autoridad. Y los pueblos, como se ha dicho, se gobiernan con ejemplos mejor que con leyes.

Estuvieron también en Santander presentes en la memoria de sus camaradas, y de cuantos se sumaron al homenaje, todos aquellos alféreces a quienes dio cita la muerte en los cerros, en las montañas, en las llanuras y en las riberas de nuestros ríos. Los novios del heroísmo, precoces en su ardimiento guerrero en el alborar de sus vidas, de quienes puede decirse como de don Diego Pérez de Vargas, el Marte castellano, que contaba más hazañas que días.

A los alféreces provisionales, hombres de gesta, les corresponde la noble misión de transmitir a las generaciones que les sucedan, la antorcha portada con tanto denuedo en jornadas azarosas y dramáticas, llevada hasta los límites exigidos por el honor y el coraje. El acto de Santander, como otros celebrados por la Hermandad, equivalen a una renovación de votos, que certifican la permanencia en una fe y en una esperanza, la calidad de un temple moral capaz de superar contratiempos y desmayos. Pues cuando se ha luchado por una causa sagrada como la de España, puede repetirse con razón, con un famoso mariscal, que el oficio de soldado es el más bello del mundo.